

AMANDA BRIDGEMAN



**PANDEMIC**

# PACIENTE CERO

minotauro

**PANDEMIC**

# ***PACIENTE CERO***

AMANDA BRIDGEMAN

minotauro

Título: *Paciente cero*

Copyright © 2023 Z-Man Games.

Reservados todos los derechos.

Pandemic y el logotipo Z-Man son marcas comerciales de Asmodee Group  
y/o sus afiliados.

Título original: *Patient Zero*

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2023 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Patricia Mora

ISBN: 978-84-450-1161-4

Depósito legal: B. 14.486-2022

*Printed in EU* / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# **CAPÍTULO 1**

## **EDIMBURGO (ESCOCIA)**

La doctora Helen Taylor estaba en pie sobre el escenario, donde hizo una breve pausa para tomar una larga bocanada de aire y repasar sus notas antes de empezar. A pesar de la intensidad de los focos, distinguía las caras de los que estaban sentados en las primeras filas de mesas del público que se extendía ante ella. Se alegró al ver que le estaban prestando atención. Sonrió.

—Es un honor que me inviten a hablar aquí esta noche, en esta recaudación de fondos que apoya el maravilloso trabajo que hace nuestra red de investigadores. —El acento británico sonaba especialmente marcado a través de los altavoces en el silencio de la sala—. Hasta ahora hemos hecho un trabajo increíble, pero debemos asegurarnos de que seguimos así en los próximos años. Después de nuestra lucha más reciente, todavía queda mucho que aprender.

»Como decía sir Terry en esa presentación tan amable, soy la epidemióloga jefe de la sede europea de la Agencia Mundial de la Salud. La Agencia Mundial de la Salud es exactamente lo que su nombre indica. Puede que viva en Lyon, pero mi trabajo me ha hecho recorrer el mundo allá donde me necesiten. La AMS tiene como objetivo ofrecer seguridad social a todo el mundo, y lo llevamos a cabo mediante

la predicción, intercepción y curación. Cuando la gente me pregunta dónde trabajo y les digo que en la Agencia Mundial de la Salud, parecen entender cuál es mi ámbito de trabajo. Pero cuando me preguntan específicamente a qué me dedico y les digo que soy epidemióloga, suelen mirarme confundidos. Por ello, he aprendido a describir mi trabajo en términos más básicos y simples. Soy detective de enfermedades. Soy cazadora de virus.

Las risillas se extendieron por el público, y Helen volvió a sonreír.

—Detective de enfermedades y cazadora de virus suenan un poco a película de Hollywood, ¿no es así? Sin embargo, les aseguro que el trabajo que hacemos no es para nada tan glamuroso. Pero, claro, los trabajos más importantes y esenciales de nuestra sociedad no suelen serlo, ¿verdad? Aunque sean muy necesarios.

»Los detectives de enfermedades somos muy parecidos a los detectives de la policía, salvo que los asesinos en serie que perseguimos son patógenos microscópicos. No obstante, mientras que un asesino en serie tradicional puede alcanzar un máximo de aproximadamente cuarenta víctimas, nuestros asesinos en serie tienen el potencial de matar a muchas más. A menudo cientos, a veces miles. Y lo que es peor, si no se combaten, tienen el potencial de matar millones, como vivimos en la última pandemia de 2020 y 2021.

»No podemos negar que nuestra sociedad ha cambiado de una forma que ha aumentado el riesgo de brotes a unas velocidades mucho mayores a la de los años anteriores. Dejando a un lado los mercados de pescado y el deseo de comer animales exóticos, hay otras formas por las que ha aumentado nuestra exposición a estas amenazas. Nuestras ciudades y nuestros pueblos están cada vez más cerca de zonas con vegetación natural, donde ecosistemas complejos que hasta ahora nunca habían estado en contacto con nosotros, de repente, pasan a

estar al lado. Estas zonas se convierten en zonas de posible peligro, porque es ahí donde los animales domésticos pueden entrar en contacto con animales salvajes y así aumentar el riesgo de mutación de los virus y la transferencia entre ellos. Si un virus muta, se transfiere a nuestros animales domésticos y se ponen enfermos, y puede que esos virus acaben mutando y transfiriéndose a los humanos..., como ha sucedido en múltiples ocasiones. Incluso antes de que nos afectara la última crisis, acordaos de la gripe porcina de 2009, que fue el resultado de heces de murciélago que contaminaron cerdos domésticos. Al final, esos cerdos infectaron a los humanos. Al igual que sucedió con la gripe aviar en 2004. Unos patos salvajes infectaron pollos domésticos que, a su vez, infectaron a los humanos. Y, por supuesto, conocemos la devastadora gripe de 1918, a finales de la Primera Guerra Mundial, que creemos que comenzó con un ganso infectado de un pueblecito francés. Este virus afectó a los soldados, que lo llevaron a todos los rincones del mundo cuando volvieron a casa después de la guerra... Y la lista sigue y sigue.

»Cuando aparece un nuevo virus de esa forma e infecta a los humanos, automáticamente ya estamos a la defensiva. Nuestro sistema nunca ha visto estos virus así que, sin inmunidad natural, nuestros cuerpos sucumben y lo traspasan rápidamente de una persona a otra, generalmente con un efecto devastador. Entonces pasamos a investigar el virus y a crear tratamientos y vacunas, pero eso lleva su tiempo. A veces son meses, a veces, años. Y a veces nos cuesta encontrar tratamiento o vacuna. Mientras tanto, la gente muere.

»Pero no tenemos por qué estar siempre a la defensiva y en la retaguardia. Podemos dejar de ser reactivos para pasar a ser proactivos. Podemos invertir en medidas que sirvan para solucionar esto ahora. Podemos identificar zonas de riesgo potencial, donde los pueblos y las ciudades se están acercando a zonas de vegetación. Podemos estudiar la fauna salvaje de la

zona y analizar sus virus en busca de alguna posible transferencia con los seres humanos. Podemos estudiar el comportamiento humano en estas zonas para entender por qué son vulnerables al riesgo de infección. Luego, podemos procesar toda esta información y usar un modelo predictivo que identifique las zonas donde podrían ocurrir los próximos brotes. Así podemos centrar nuestros recursos en estas zonas y asegurarnos de que esas poblaciones de humanos tomen las precauciones necesarias. Si estudiamos los virus que son más proclives a causar daño, estaremos listos para crear las vacunas necesarias rápidamente, porque ya tendremos toda la información a mano. Estaremos listos para enfrentarnos al virus. Tomaremos la delantera, listos para salvar innumerables vidas.

Hizo una breve pausa, en la que analizó los rostros de la multitud, sentada, en trajes de chaqueta y vestidos de gala, comiendo una cena de cinco estrellas y bebiendo un champán carísimo. Era el momento de encauzar la razón por la que estaba dando ese discurso.

—Pero salvar vidas cuesta dinero —afirmó—. Un análisis estadístico de hace unos años mostraba que la comunidad científica había identificado ciento once familias de virus. De ellas, veinticinco familias contenían virus que habían afectado a los humanos o que podrían hacerlo... ¿Sólo veinticinco de ciento once? No está tan mal. —Esbozó una sonrisa—. Bueno, en realidad sí, porque no se han identificado todavía todos los virus de esas familias. Se estima que cada una de esas familias de virus por descubrir contiene 1,67 millones de virus. ¿Y cuántos de ellos serían peligrosos para los humanos si entraran en contacto con ellos? Se estima que entre 631.000 y 827.000... ¡Eso son muchos virus! —exclamó mirando a la cara a aquellos que habían alzado las cejas—. Y tengan en cuenta que estas estadísticas son de hace unos años. El número de virus identificados crece cada año... Ahora, teniendo esto en cuenta, es caro encontrar e identificar todos esos virus, pero si comparas el precio

de tomar la delantera y ser proactivo con el coste de una pandemia, ir a la zaga y ser reactivo... —Dejó que el silencio calara en el ambiente unos segundos—. ¿De cuánto dinero estamos hablando? Bueno, para darles una aproximación, el coste de un brote relativamente contenido en la zona como fue la gripe aviar fue de treinta mil millones de dólares.

Observó algunas de las reacciones de la primera fila: los comensales se miraron los unos a los otros, preguntándose si habían escuchado bien.

—No, no me han entendido mal. He dicho treinta mil millones de dólares. Y eso fue la gripe aviar. Todavía estamos procesando el coste global estimado de la pandemia de la COVID-19, pero, créanme, la cantidad les dejará con la boca abierta.

Nunca dejaba de sorprender a Helen que siempre era el coste lo que a la gente le llamaba la atención, más que la gran cantidad de posibles amenazas víricas que podían causar muertes. Hasta que llegó la COVID, la mayoría de las personas pensaban que nunca les pasaría a ellos, que los virus era algo con lo que lidiaban los países tercermundistas, pero no ellos. Aunque algunos habían entrado en razón durante la pandemia de la COVID, una vez que pasó la amenaza inicial, la mayoría volvió a la complacencia o, peor aún, la negación. Pero la idea de que les costara dinero era algo que siempre les importaba a este tipo de gente.

—Eso es lo que cuesta ir a la zaga —continuó Helen—. Cada día que pasa, nuestra sociedad está más y más conectada, y especialmente a una escala de alcance cada vez más global, que no deja de crecer gracias al sector aerocomercial, que añade vuelos a sitios nuevos todos los días. Si volviera a ocurrir otra COVID-19, no crean que no volvería a extenderse increíblemente rápido. Ningún rincón de la Tierra estaría a salvo. De nuevo, podemos llegar a pagar miles y miles de millones de dólares para salvar a la humanidad, o bien pode-



mos pagar mucho menos ahora e invertirlo en investigaciones preventivas para protegernos.

Volvió a dejar que se asentara el silencio durante un instante, y les dedicó una última mirada a los rostros que alcanzaba a ver.

—Cuanto mayor sea la complacencia, mayor será la crisis. Los virus no conocen fronteras, y, sin control, son unos asesinos despiadados e indiscriminados. Si se desatan, nadie estará a salvo. Pero tenemos elección. Podemos ser proactivos, salir ahí e investigar los focos potenciales, descubrir dónde es más posible que se desarrollen los virus y averiguar cómo detener la transmisión. O bien podemos ser reactivos, esperar a que llegue un brote y confiar en que entonces desarrollaremos una vacuna rápidamente. La primera es la mejor solución, sin lugar a dudas. Después de todo, siempre es mejor prevenir que curar. Y también es muchísimo más barato... —Sonrió amablemente al público—. Por ello, les pido que esta noche se rasquen los bolsillos y ayuden a nuestros investigadores a seguir con la lucha contra estos virus letales antes de que arrasen con nosotros. Todo lo que donen contribuirá directamente a salvar vidas; y recuerden: la vida que salven puede ser la suya propia. Gracias.

Un aplauso se extendió por toda la resplandeciente sala. Helen sonrió y se despidió con la mano mientras bajaba del escenario. El maestro de ceremonias se subió entonces al podio para darle las gracias y pedirle a los comensales que disfrutaran del postre. La música y la charla inundó el ambiente conforme Helen se abría paso de regreso a su mesa. El asistente del director general de la Organización Mundial de la Salud, Peter Davidson, aplaudía con la vista fija en ella mientras tomaba asiento a su lado. No obstante, notó que el aplauso no se reflejaba en su expresión. Cuando la miró, sus ojos azules permanecieron calculadores.

—Creo que ha ido bien, ¿no? —dijo Helen, preguntándose qué habría detrás de ese cálculo.

Peter asintió.

—Ha sido genial. Bien hecho. —Su acento estadounidense era tranquilo y reservado; se le notaban los años que había pasado trabajando con políticos.

—¿Por qué no me convence? —preguntó ella analizándolo mientras cogía el vaso de agua y le daba un sorbo.

—Lo has hecho bien. De verdad. —Peter se reclinó en su silla; seguía analizándola. Las luces de la sala destacaban los cabellos plateados que asomaban por su cabellera negra.

—¿Y por qué me miras así? —preguntó Helen—. Me estás preocupando.

Peter dudó mientras repasaba algo mentalmente.

—Son cosas del trabajo. Cuando acabe esto, hablamos.

—¿Sobre qué? —inquirió Helen dejando el vaso sobre la mesa.

Peter se inclinó hacia delante, cogió la copa de vino y le dio un trago.

—¿Peter? —insistió.

—Cuando termine la gala —repitió—. Pásatelo bien.

—¡Helen! —Debbie Colson, la organizadora del evento, la llamó desde la mesa de al lado y le indicó que se acercara—. ¡Ven, quiero presentarte a alguien!

Helen sonrió y saludó. Luego, volvió a mirar a Davidson.

—No puedes soltarme que tenemos que hablar y luego dejarme en la inopia —le espetó—. Dame una pista al menos.

Peter lo sopesó unos instantes.

—Tenemos que hablar del equipo.

—¿Qué le pasa? —preguntó. De repente se puso en tensión—. Ay, Dios, no nos irás a despedir, ¿no?

—No —le aseguró—. No, sólo... va a haber algunos cambios.

—¡Helen! —volvió a llamarla Debbie.

—Vete ya. —Davidson le quitó importancia con un gesto—. Haz lo que debes hacer. Encandila al público. Luego hablamos.

Helen lo miró fijamente un momento, y luego se puso en pie a regañadientes.

—Tomo el primer avión de vuelta a Lyon mañana por la mañana, así que sea lo que sea, lo hablamos esta noche.

Peter asintió.

—De acuerdo.

Helen siguió mirándolo un poco más. Luego se estiró el vestido y se volvió hacia Debbie forzando una sonrisa que decía «Dame todo tu dinero».